

Trayectorias paralelas

Carter, Sabater Pi y un primate

El arqueólogo y el naturalista labraron sus carreras de forma autodidacta e inspiradora



Jordi Serrallonga

Año 2022. Hace un siglo que el equipo de Howard Carter dio con Tutankamón, y celebramos el centenario del nacimiento de Jordi Sabater Pi. Dos genios que tienen mucho en común. Y es que la ciencia supone «cosas maravillosas»: las que vio Carter al introducir una vela en la oscuridad de la antecámara sellada, y las que observó Jordi Sabater Pi en los bosques de Guinea Ecuatorial, tras la pista de chimpancés y gorilas. Pero también comporta cosas miserables: la envidia y los desaires del mediocre. Y antes que nadie se ofenda, o se dé por aludido, me enmarco dentro de la mediocridad. En comparación con la mayoría de los mortales, solo destaco por mi pie: entre un 49 y 52 europeo, según los caprichos inescrutables del fabricante de calzado.

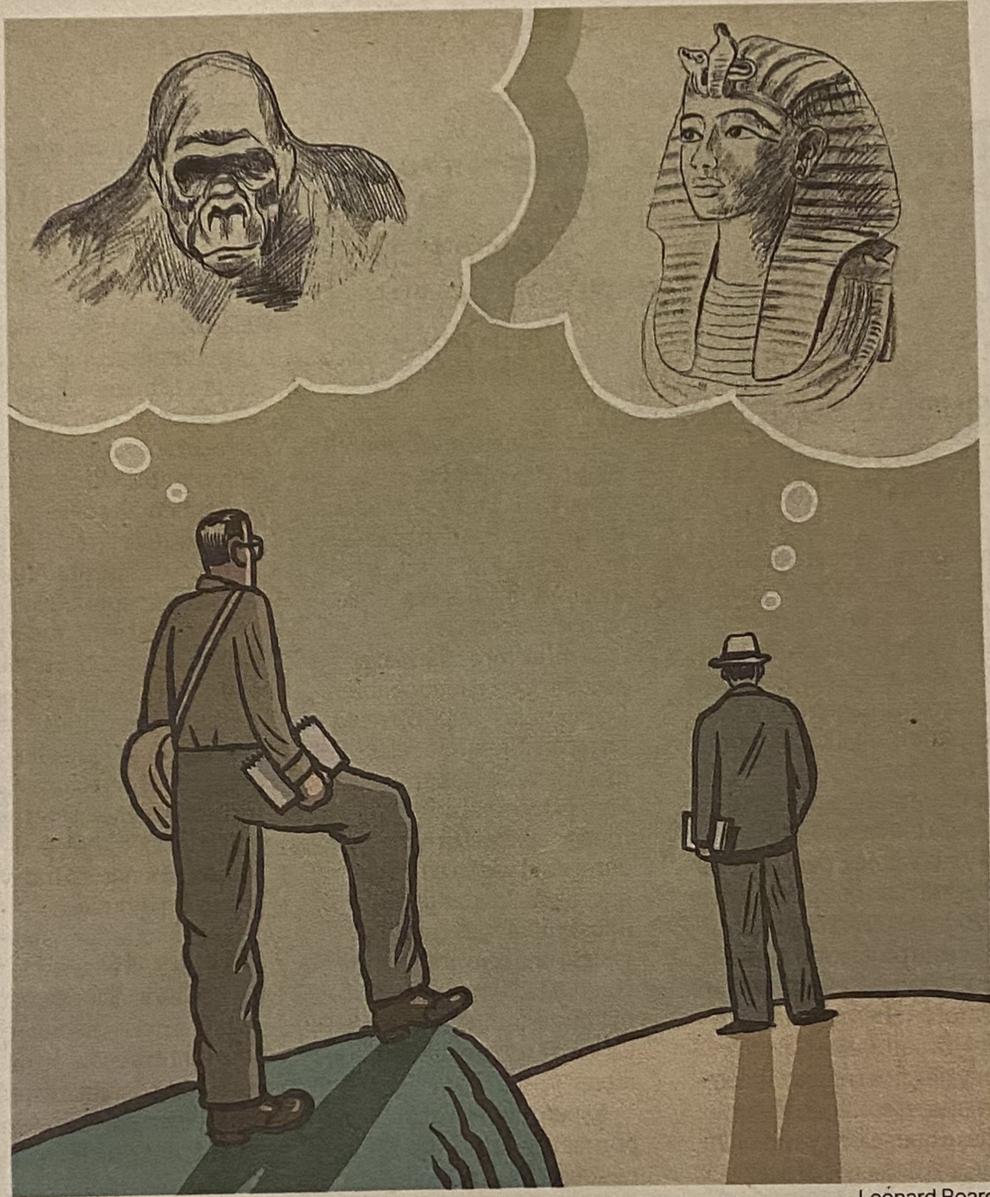
El egiptólogo Howard Carter y el primatólogo Jordi Sabater Pi, a través de sus libros, despertaron la curiosidad de un chaval que, criado entre fábricas y bloques de L' Hospitalet, quería explorar el África de nuestros orígenes simiescos y de las pirámides. Al primero, por razones obvias, no pude conocerle en vida; el segundo se convertiría en uno de mis profesores y mentores. ¿Qué paralelismos existen entre arqueólogo y naturalista?

Capítulo 1. Ambos, desde muy jóvenes, quedaron alejados de la academia. Con tan solo 17 años, Howard viaja a Egipto (1891) para ayudar a los arqueólogos británicos en tareas de documentación. A la misma edad, Jordi huye de la posguerra y abandona Barcelona con destino a Guinea Ecuatorial. En 1940 empieza a trabajar de encargado en una finca agrícola.

Capítulo 2. Carter y Sabater Pi fueron excelentes dibujantes. En Egipto, todos quedaron fascinados con las ilustraciones de temática egiptológica del recién llegado de Londres. Y, durante los escasos descansos en la selva, el adolescente que aprendía la lengua local retrataba a la etnia fang en calendarios, albaranes o viejos periódicos.

Capítulo 3. Los dos labraron una carrera leyendo y observando de forma autodidacta. Y, no sin dificultades, por fin consiguen realizar el descubrimiento de sus vidas. La misión de Carter, en el Valle de los Reyes, halla la tumba de Tutankamón (1922). Y Jordi Sabater Pi registra que los chimpancés son capaces de fabricar herramientas y que poseen tradiciones culturales en su hábitat natural (1967).

Capítulo 4. A pesar de los hitos de Carter y Sabater Pi, no siempre hemos sabido reconocer sus valiosas aportaciones. Por ejemplo, los arqueólogos de antaño solían ser ávidos expoliadores al más estilo Indiana Jones, y muchos estudiosos de animales preferían el fusil y la anécdota a la libreta de campo y la meticulosidad. Howard y Jordi cambiaron esto; potenciaron el método



Leónard Beard

científico. Entonces, ¿por qué insistimos en rebajarles, asociándolos a simples episodios mediáticos? A saber, que el primero desperdició la inexistente maldición de los faraones y que el segundo hizo posible que Copito de Nieve llegase al Zoo de Barcelona.

Capítulo 5. Carter falleció en su casa de Kensington sin recibir, al igual que Darwin, el título de Sir. El mundo académico jamás le valoró en su justa medida; no pertenecía a la élite. Sabater Pi, en su jubilación, vio como concedían el Premio Príncipe de Asturias a una apreciada colega, Jane Goodall, mientras que se olvidaban de él. Goodall merecía

No es de extrañar que, ninguneados por los mediocres, el carácter de ambos se tornara arisco y solitario

el galardón, pero, ¿acaso no habría sido más justo y elegante proponer un premio compartido? No es de extrañar que, ninguneados por los mediocres, el carácter de Howard y Jordi se tomase arisco y solitario.

Les debemos mucho. Y este año 2022, en el caso de Jordi Sabater Pi, quizá sea la oportunidad de hacerlo más visible gracias a la mención honorífica en el PremiNAT del Museu de Ciències Naturals de Barcelona. El Congreso de Primatología de la APE dedicado a él. Un emotivo documental de TurkanaFilms, Televisió de Catalunya, RTVE y la Xarxa dirigido por Alfons Par. Las exposiciones de dibujos organizadas por el Museu Etnològic de Barcelona, el CRAI y Pessics de Ciència. El cómic *Rara Avis*, de Raúl Deamo y Tyto Alba (Norma), o la biografía: *Jordi Sabater Pi, el darrer naturalista*, de Toni Pou (Ajuntament de Barcelona / Universitat de Barcelona).

Recordando el epitafio de la tumba de Howard Carter: «Larga vida a [vuestro] espíritu». ■

■ Jordi Serrallonga es arqueólogo, naturalista y explorador. Colaborador del Museu de Ciències Naturals de Barcelona.

Viaje en metro

Miseria subterránea



Carles Francino

Tracy Chapman escribió una canción hace 10 años titulada *Subcity* que empezaba con estas palabras: «La gente dice que no existe porque a nadie le gustaría admitir que hay una ciudad bajo tierra». Me acordé el otro día, en el enésimo viaje en metro por Madrid. No creo que en el vagón viajáramos más de 30 o 40 pasajeros. La mayoría abducidos por el móvil, algún tipo raro —como yo— enfrascado en la lectura de un libro y varios insumisos de la mascarilla, que sigue siendo obligatoria en el transporte público aunque ellos no hagan ni puto caso.

Raperos y acordeonistas

En las 10 paradas que duró mi trayecto conté hasta cinco personas que entraron pidiendo ayuda. Un rapero —me pareció argentino— que acarrea un enorme altavoz y que tenía bastante chispa. Se mostró educado y nos deseó buen viaje, aunque nadie le dio nada. Otro músico, en este caso con acordeón, que interpretaba melodías navideñas, pasó sin pena ni gloria. Yo no soy de villancicos; así que ni levanté los ojos del libro. Y desde luego nadie aplaudió. Más tarde entró un hombre que tuvo la decencia de no adornar su desgracia: «No voy a decir que tengo hijos que pasen hambre en casa, pero llevo tiempo sin trabajo y necesito ayuda». Le compré un paquete de clínex. Un euro para mitigar la vergüenza. Antes de llegar a mi destino tuve incluso la oportunidad de escuchar cómo otro hombre de mediana edad se atrevía a recitar un poema, francamente malo. Tampoco triunfó. Y la última en entrar fue una mujer bastante desaliñada con toda la pinta de ser adicta a algo. Aquí ya hubo miradas de incomodidad. Pero justo al salir del metro, el contraste: en plena Gran Vía, a pesar de la lluvia, miles de personas participaban en la borrachera de compras que nos atizamos cada año por estas fechas. Me volví a acordar de Tracy Chapman y de su canción: «Dicen que hemos caído en las grietas, dicen que el sistema funciona, pero que no lo dejamos ayudar. Lo que queremos no son solo limosnas sino una vida honesta. Vivir así no es vivir». ■